

acudiera á sacarla de tan estrecho trance. Este ardid, empleado ya en otro tiempo por Teodomiro para con el árabe Abdelaziz en los muros de Orihuela, no fué ahora infructuoso contra el moro Alhamar en la peña de Martos, puesto que los ataques fueron menos vivos y el proceder mas lento que si él supiera que no habia sino mugeres en la fortaleza. Acudieron pues don Tello y sus caballeros, mas al ver la numerosa morisma que cercaba la peña creyeron imposible penetrar por entre tan espesas filas, y hubieran desmayado y desistido si no los alentára el valeroso Diego Perez de Vargas, el nombrado ya Diego Machuca, que entre otras razones les dijo; «Ea, caballeros, si quereis, hagámonos un tropel y metámonos por medio de estos moros y probemos si podemos pasar por ellos, que alguno de nosotros logrará pasar de la otra parte, y los que murieren salvarán sus ánimas y harán lo que todo buen caballero debe de hacer... Yo de mi parte antes quería morir hoy á manos de estos moros haciendo mi posibilidad, que no que se pierda mi señora la condesa y la peña, y nunca yo pareceré con esta vergüenza ante el rey y ante don Alvar Perez mi señor. E yo determino de meterme entre estos moros y hacer lo que bastasen mis fuerzas hasta que allí muera, y pues todos sois caballeros hijosdalgo, haced lo que debeis, que no teneis de vivir en este mundo para siempre, que de morir tenemos...» Alentáronse todos con estas palabras, y haciendo un grupo rompieron por entre las

espesas filas, yendo delante de todos y abriendo camino el animoso Diego Perez de Vargas, y aunque algunos fueron acuchillados, pasaron los mas y llegaron á la peña con indecible gozo de la condesa y de sus dueñas, que de esta manera prodigiosa fueron ellas y la fortaleza libertadas (1238), puesto que el rey moro desistió ya de atacar un baluarte por tan intrépidos y esforzados campeones defendido (1).

La alegría que el rey tuvo al saber la heroica defensa de la peña de Martos turbósele del todo la triste nueva que recibió de la muerte del ilustre caudillo Alvar Perez, acaecida en Orgaz de resultas de una aguda dolencia que allí le acometió cuando regresaba á Andalucía con dinero y bastimentos para Córdoba y toda la frontera (1239). Aumentó el hondo pesar de monarca el fallecimiento que casi al propio tiempo aconteció de don Diego Lopez de Haro, otro de los mas altos y nobles caballeros que en el reino habia. No era fácil hallar quien reemplazara dignamente á dos tan hábiles gobernadores y tan valerosos capitanes. Determinó pues el rey pasar él mismo á Córdoba para que con la falta de Alvar Perez no se entibiase el ardor de sus soldados. Premió entonces con largueza á los que habian tenido mas parte en la conquista de la ciudad; hizo algunas cabalgadas con éxito feliz, dió la fortaleza de Martos á los caballeros de Calatrava, y

(1) Chron. de San Fern. c. 30. na, l. I., c. 98.
—La General.—Argote de Moli-

rindiéronsele varias villas y lugares, unas dándosele ellas mismas á partido, otras por fuerza de armas, contándose entre ellas Moratilla, Zafra, Montoro, Osuna, Cazalla, Marchena, Aguilar, Porcuna, Corte y Morón, con algunas otras que las crónicas mencionan ⁽⁴⁾. Despues de lo cual regresó á Castilla, donde tuvo que atender á una discordia que con carácter de rebelion le movió don Diego Lopez de Vizcaya, que al fin vino á ponerse á merced del infante don Alfonso, á quien su padre habia dejado en Vitoria con el mando ó adelantamiento de la frontera.

No descuidaba Fernando las cosas del gobierno por atender á la guerra y las campañas; y entre otras notables providencias que en este tiempo dictó, fué una la traslacion de la universidad de Palencia, ó sea su incorporacion á la escuela de Salamanca (1240), cuya medida nos merecerá despues particular consideracion. Su actividad y su energía se vieron por algun tiempo embarazadas por una enfermedad que le acometió en Burgos. Y como en aquel estado no pudiese volver personalmente á Andalucía, dióle á su hijo el infante don Alfonso el cargo de defender aquella frontera. Partió pues el príncipe heredero, mas al llegar á Toledo encontróse con mensajeros del rey moro de Murcia que venian á ofrecer su reino al mo-

(4) El autor de las Memorias para la vida de San Fernando di- fiere algun tiempo la conquista de estas poblaciones.

marca cristiano de Castilla, trayendo ya ordenadas las condiciones con que reconocian su señorío. Inspiró esta resolucion á los musulmanes murcianos la situacion comprometida y desesperada en que se veian. Conquistada Valencia por don Jaime de Aragon, dueños ya de Játiva los aragoneses, amenazada y hostigada por otra parte Murcia por Alhamar el de Arjona, su enemigo, que dominaba ya en Jaen y en Granada y era el mas poderoso de todos los reyes mahometanos, fatigados ya tambien de los bandos y discordias de sus propios alcaides, «de que no sacaban, dice el escritor arábigo, sino muertes y desolacion,» antes que someterse á Alhamar el moro, prefirieron hacerse vasallos de Fernando el cristiano. Aceptó el infante su demanda á nombre de su padre, y firmáronse las capitulaciones en Alcaráz por el rey de Murcia Mohammed ben Aly Aben-Hud (el que los nuestros nombran Hudiel), juntamente con los alcaides de Alicante, Elche, Orihuela, Alhama, Aledo, Cieza, y Chinchilla; pero no vinieron en este concierto ni el walí de Lorca, ni los alcaides de Cartagena y Mula. En su virtud, y con acuerdo de su padre pasó el príncipe Alfonso á Murcia acompañado de varios caballeros y del maestre de la orden de Santiago en Uclés don Pelayo Correa, que llevó sus gentes mantenidas á su costa, y «le ayudó mucho, dice la crónica, en estas pleitesias.» El dia que entró Alfonso en Murcia fué un dia de gran fiesta: posesionóse pacíficamente del alcázar (1244), tra-

tábanle todos como á su señor, «y él requirió y visitó la tierra como suya sin vejar á los moradores (1).»

Mientras el rey don Fernando, restablecido de su enfermedad, asistía á la profesion religiosa de su hija doña Berenguela en las Huelgas de Burgos; mientras como monarca piadoso daba un ejemplo sublime de humildad y caridad sirviendo á la mesa á doce pobres (2); mientras como solícito príncipe cuidaba de abastecer de mantenimientos las nuevas provincias de Córdoba y Murcia, y como legislador creaba un consejo de doce sábios que le acompañasen y guiasen con sus luces para el acierto en la administracion de justicia (3), el nuevo rey moro de Granada, el vigoroso y enérgico Alhamar habia estado dando no poco que hacer en Andalucía á los caballeros de Calatrava, que al mando de su maestre Gomez Manrique habian conquistado á Alcaudete; habia derrotado en un encuentro á don Rodrigo Alfonso, hijo bastardo de Alfonso IX. de Leon y hermano del rey, y acuchillando á las tropas cristianas que á la desbandada huian, habian perecido en aquel combate el comendador de Martos don Isidro, Martin Ruiz de Argote que se señaló por su esfuerzo en la conquista de Córdoba, y varios otros freires y caballeros. Estimuló esto al San-

(1) Conde, part. IV. c. 4. el dia de Jueves Santo.

(2) De donde vino, dicen algunas historias, la loable costumbre de nuestros reyes de dar de comer á doce pobres todos los años

(3) Principio y fundamento del ilustre tribunal que mas adelante y con mas atribuciones habia de ser el consejo real de Castilla.

to rey á marchar otra vez á Andalucía para abatir la soberbia del envalentonado Alhamar. Esta vez llevó en su compañía á la reina doña Juana, á quien dejó en Andújar, prosiguiendo él á los campos de Arjona y de Jaen que taló y devastó. En esta espedicion cercó y rindió á Arjona, tomó los castillos de Pegalajar, Bejijar y Carchena, y envió á su hermano don Alfonso con los pendones de Ubeda, Quesada y Baeza, para que destruyese la vega de Granada. Allá fué él á incorporárseles en cuanto trasladó á la reina de Andújar á Córdoba, y llegó á tiempo de escarmentar á 500 ginetes de Alhamar que con una impetuosa salida habian puesto en desórden á los cristianos (1244). Don Fernando incendió aldeas, redujo á pavesas las mieses y derribó los árboles de la vega; no dejó, dice la crónica, «cosa enhiesta de las puertas afuera, así huertas como torres.» Una hueste de moros gazules, raza valerosa de Africa, que tenia en grande aprieto á la escasa guarnicion de Martos, fué aventada por el príncipe don Alfonso y los freires de Calatrava, y el rey don Fernando se retiró á Córdoba á reposar algun tiempo de tantas fatigas.

Llególe allí la nueva de los triunfos que su hijo Alfonso alcanzaba en el reino de Murcia sobre los wálies de las ciudades que habian resistido someterse á su señorío, Cartagena y Lorca. Gran placer recibia el monarca con las prosperidades de su primogénito, y gozábase de contemplar como recogia ya glorias el

que habia de sucederle en el reino. Por otra parte la reina doña Berenguela hizole anunciar su deseo, y aun su resolucion de pasar á visitarle, y don Fernando viendo á su madre tan determinada á hacer un viage que en lo avanzado de su edad no podia dejar de serle molesto, quiso corresponder á su cariño saliendo á encontrarla á la mayor distancia posible. Partió pues don Fernando de Córdoba y halló ya á su venerable madre en un pueblo nombrado entonces el Pozuelo, que despues se llamó Villa-Real, y hoy es Ciudad Real. Pasados los primeros momentos de expansion entre una madre y un hijo tan queridos, espuso doña Berenguela cuán grave y pesada carga era ya el gobierno de tan vasto reino para una muger agoviada con el peso de los años, concluyendo con suplicar á su hijo la permitiese retirarse ya á un claustro ó á otro lugar tranquilo para prepararse á una muerte quieta y sosegada. Grandemente enternecieron á Fernando las palabras de aquella madre que habia puesto en su frente las coronas de dos reinos, pero luchando en su ánimo el amor filial con los deberes de rey, y representando á su madre que en el caso de apartarse ella de los cuidados de la gobernacion tendria que abandonar la guerra contra los infieles en que por consejo suyo se hallaba empeñado, aquella ilustre matrona, siempre discreta, virtuosa y prudente, se resignó á hacer el último sacrificio de su vida en aras del bien público, y ofreció consagrar el

resto de sus dias á aliviar á su hijo en la direccion de los negocios del Estado como hasta entonces. Así concluyó aquella tierna y cariñosa entrevista, despidiéndose madre é hijo, y regresando aquella á Toledo, á Córdoba éste, para no volver ya á ver jamás ni á su madre ni á Castilla.

Poco descanso se dió el rey en Córdoba. Inmediatamente juntó sus fronteros, y continuando el plan de privar de recursos á los enemigos, taló los campos de Alcalá la Real; seguidamente incendió el arrabal de Illora, rica villa de donde recogió buena presa de joyas, de preciosas telas, ganados y cautivos; avanzó hácia Iznalloz, arrasó con su hueste asoladora cuantos frutos encontró en la vega de Granada, y volvióse á Martos, donde otra vez vino á traerle lisonjeras nuevas de las prosperidades de su hijo Alfonso en Murcia, el maestre de Santiago don Pelayo Correa; habíase apoderado de la importante plaza de Mula, y devastaba los términos de Cartagena y Lorca: él mismo le habia ayudado con su persona, sus gentes, sus rentas y su buen consejo. Pidióle tambien parecer don Fernando, como tan entendido que era el maestre en materias de guerra, sobre el proyecto que tenia de cercar á Jaen, cuya conquista anhelaba por lo mismo que otras veces la habia ya intentado sin fruto. Aprobó el de Uclés el pensamiento del monarca, y en su virtud convocados todos los grandes y ricos-hombres y todos los concejos, y haciendo dos huestes para que

alternasen en las fatigas del cerco, que no fueron pocas en la estación mas rigurosa y cruda de lluvias y de frios, ejecutóse todo tal como el monarca lo habia pensado y ordenado (1245). Defendia la ciudad el bravo walí Omar Aben Muza. El cerco se prolongaba y los cristianos sufrían mil penalidades por efecto de la inclemencia de la estación. Un suceso inesperado vino á indemnizarlos de sus padecimientos y á dar á sus intentos un desenlace mas pronto y mas feliz del que hubieran podido esperar.

Vióse el rey de Granada hostigado y amenazado dentro de su misma ciudad por una facción enemiga, llamada el bando de los Oximeles, tanto que se creyó en peligro hasta de perder el trono. En tal conflicto tomó la resolución extrema de ampararse del rey de Castilla y reconocérsele vasallo. Una mañana se presentó el granadino armado de punta en blanco en los reales de Fernando, pidió ser admitido á su presencia, besóle la mano y le manifestó el objeto que allí le llevaba. Recibióle Fernando con no menos cortesanía y afabilidad, y concertóse entre los dos el pacto siguiente. Alhama entregaría al castellano la ciudad de Jaen, con mas la mitad de las rentas de sus dominios que eran de 300,000 maravedís de oro anuales; que quedaria obligado á asistir al de Castilla con cierto número de caballeros cuando le llamase para alguna empresa, y á concurrir á las cortes como uno de sus grandes ó ricos-hombres, y que Fernando le recono-

ría en lo demás sus posesiones y dominios. Pactadas estas condiciones, despidiéronse amigablemente los dos reyes, y llevándose consigo el de Granada al valeroso walí de Jaen, hicieron los cristianos su entrada en la ciudad, donde reinaba por parte de los moros triste y sepulcral silencio, que contrastaba con el canto de los sacerdotes que en procesion se dirigian á la mezquita mayor para consagrarla y celebrar en ella la misa solemne de acción de gracias (abril de 1246). Erigióse silla episcopal en Jaen, que dotó el rey espléndidamente, otorgó libertades, privilegios y hereditamientos á los cristianos que fuesen á poblarla, reedificó sus muros y los fortaleció con nuevas torres y adarves, y permaneció en ella ocho meses dando providencias y dictando medidas de gobierno (4).

Parecióle, no obstante, á don Fernando que habia dado ya demasiado descanso á las armas, y resuelto á proseguir con actividad la obra de la reconquista, tomó consejo de los ricos-hombres, caballeros y maestros de las órdenes sobre lo que debería hacerse: dábale cada cual su dictámen, pero prevaleció el de don Pelayo Correa, maestro de Uclés, que opinó por que se acometiera la empresa de conquistar á Sevilla. Pero convenia mucho arreglar antes las diferencias que pudieran suscitarse entre Aragon y Castilla, respecto á los antiguos reinos musulmanes de Valencia y Mur-

(4) Conde, part. IV., c. 5.— General.—Jimena, An. ecles. de Cron. del Santorey, c. 40.—Crón. Jaen y Baeza.

cia, en que se tocaba y confundía lo conquistado por las huestes aragonesas conducidas por el rey don Jaime y lo ganado por las tropas castellanas mandadas por el infante don Alfonso. Remedióse todo por consejo de los nobles y prelados con un pacto de alianza en que ambos soberanos se convinieron en ayudarse mutuamente en vez de perjudicarse; y para asegurar y consolidar este pacto se concertó el matrimonio del primogénito de Castilla con la infanta doña Violante, hija del de Aragon, cuyos esponsales se celebraron en Valladolid en los primeros dias de noviembre de aquel mismo año (1246), señalándose luego por dote á la princesa las ciudades y villas de Valladolid, Palencia, San Esteban de Gormaz, Astudillo, Ayllon, Curiel, Bejar, y algunos otros lugares. Mas la satisfaccion de aquel pacto y la alegría de estas bodas fueron para el Santo rey engañoso preludio de un amarguísimo pesar que recibió cuando comenzaba á recoger en Andalucía los primeros triunfos de la nueva campaña.

Tal fué la nueva de la muerte de su virtuosa y querida madre, la magnánima doña Berenguela, gloria y honor de Castilla y modelo de discretas y prudentes princesas ⁽¹⁾. «E non era muy maravilla (dice) el rey Sabio hablando del dolor de su padre) de haber gran pesar: ca nunca rey en su tiempo otra tal

(1) Doña Berenguela murió el 8 de noviembre de 1246. *Kalendar. vetus Burgens.*— Véase sobre esto á Florez, *Rein. Catól.*, t. I., p. 483.

»perdió de quantos áyamos sabido, nin tan comprida »en todos sus fechos. Espejo era cierto de Castiella et »de Leon, et de toda España: et fué muy llorada de »todos los concejos et de todas las gentes de todas le- »yes, et de los fidalgos pobres, á quien ella mucho »bien facie ⁽¹⁾.» Aun es acaso mas cumplido el elogio que el arzobispo Jimenez de Toledo hace de esta gran matrona castellana que por tantos años y con tanto acierto gobernó los dos reinos de Leon y de Castilla. Y para acabar de afligir el corazon del atribulado monarca terminó tambien su vida por ese tiempo este mismo panegirista de su madre, el gran prelado don Rodrigo de Tolédo, lustre de la iglesia, de las letras y de las armas españolas ⁽²⁾. Bien era menester que distrajeran el ánimo de Fernando las atenciones de la

(1) *Chron. Gener.* fol. 416.— Dejó mandado en su testamento que la enterrasen en las Huelgas de Burgos en *sepultura llana y humilde*.

(2) Era el arzobispo don Rodrigo Jimenez de Rada natural de Puente de Rada en Navarra. Estudió en la célebre universidad de París. Fué obispo de Osma antes que de Toledo. Promovió en Francia la cruzada de las Navas de Tolosa, á cuya batalla asistió con el estandarte de su iglesia. Se halló en el IV. concilio general lateranense, donde sostuvo la reñida disputa contra los metropolitanos de Braga y de Santiago sobre la primacía de España, y pronunció una oracion latina que al dia siguiente tradujo en italiano, tun- desco, inglés, castellano y vas-

cence. Hizo otros dos viages á Roma en 1218 y 1235. Estuvo en el concilio general de Lyon de 1245. Era doctísimo y versado en lenguas. Escribió entre otras obras, el tratado de *Rebus in Hispania gestis*: la Historia de los romanos, de los ostrogodos, de los hunos, vándalos, suevos y alanos, y la de los árabes de 750 á 1450. Murió en 1247 en Francia al regresar á su patria viniendo por el Ródano. Fué el gran consejero de Alfonso el Noble y de San Fernando. En su epitafio del monasterio de Huerta, donde fué enterrado, se leía este concepto espresado en mal latin. Mi madre es Navarra: Castilla mi nodriza: París mi escuela: Toledo mi domicilio: Huerta mi sepultura: el cielo mi descanso.